

PQ7297

.Z3

M4

V.2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO 1.

Un manuscrito.

Estamos en un elegante gabinete, adornado con exquisito gusto. Leves cortinas blancas de fina muselina, velan una graciosa puerta de vidrios de colores, que conduce á las piezas del edificio, mientras otras de la misma delicada tela, pero recogidas en dorados y grandes clavos, permiten penetrar por los diáfanos cristales de un primoroso balcon, con vista á un pintoresco jardin, los tibios rayos del refulgente sol que retira lentamente á otro hemisferio sus narcarados resplandores.

Apoyada sobre la dorada barandilla del poético balcon, y en ademan dulce y me-

002847

lancólico, se ve á una bellísima mujer de esbelto cuerpo, de airoso talle y de elegante porte, pasear sus bellos y apacibles ojos por el espléndido panorama que desenvuelve á su vista la rica y exuberante naturaleza. La consideracion del sencillo y franco aparato con que la fecunda tierra presenta á la vista los mas sorprendentes tesoros que brotan de su seno, la embelesa.

Desde allí ve conmovida al misterioso girasol volviéndose amoroso hácia el rey de los astros, demandando una mirada de cariño; tierna y delicada flor, triste como el corazon de la mujer cuando se aleja de su lado el dulce objeto que le anima, sin brillo, como la angélica faz del númen de la melancolía, y constante como el pecho virginal de la cándida jóven antes que la falsía de un pérfido amante destruya las dulcísimas ilusiones que alimentaron su fantasía: de allí contempla los blancos, encarnados y violados alelíos, formando graciosos penachos, mecidos por las embalsamadas brisas, indicando en su fresca y resplandeciente flor, que se eleva seductora, *belleza*

durable, porque esparce la salud á su alrededor, la salud que es el primero de los bienes de la tierra, y sin la cual nada puede ser bello ni duradero: la delicada anemóna que le recordaba la historia de la afligida Vénus que, al ver muerto á su amante Adonis, le convirtió en esa flor que indica *perseverancia*: la vistosa amapola que encierra en el seno purpurino de su flor el precioso bálsamo que adormece el dolor y dulcifica la pena, simbolizando el *consuelo*: la caléndula, dorada flor, emblema de las penas del alma, cuyas hojas permanecen abiertas desde las nueve de la mañana á las tres de la tarde, siguiendo constantemente el curso del sol, y brillando de noche en los abrasados meses de Julio y Agosto, como si arrojasen chispas luminosas: el heliotropo expresando el afecto violento de amar á un objeto mas que á sí mismo, y otra multitud de aromáticas y pintadas flores que parecian despertar en su alma recuerdos dulcísimos de celestiales atractivos.

Murmurando en armónicos ecos y salpicando la florífera alfombra que matiza el

suelo y perfuma el ambiente, ve deslizarse en caprichosos giros, límpidos arroyos de transparentes linfas que, cual bruñidas cintas de brillante plata, reflejan en sus ligeras ondas los cambiantes de luz de la bóveda celeste.

Al soplo lisonjero del blando céfiro mira esparcirse en el éter, brillando como lucientes perlas, las transparentes gotas del límpido cristal de una alegre fuentecilla de caprichosa forma, á cuyo alrededor ostentan el esmaltado brillo de sus pintadas hojas en deliciosos grupos de fragantes exhalaciones, la cándida azucena indicando pureza; *el espino de la Virgen*, planta de bellissimo aspecto, pura y agradable, que eleva su largo penacho de flores estrelladas, tersas y blancas como el ampo de la nieve, emblema de la virtud y de la castidad: la pasionaria azul, indicando el dolor acervo amoroso y la creencia religiosa; la girosella expresando *sois mi divinidad*, planta de elegante talle, que se levanta del centro de una roseta de hojas grandes echadas en tierra, que se corona en Abril con doce lindas flores, y

á quien Lineo dió el nombre de *dodecatheon*, que significa doce divinidades; la delicada sensitiva revelando sensibilidad secreta y profunda, y la bellissima rosa blanca, emblema del silencio.

Dando grata y regalada sombra á esta deliciosa fuente, y circundándola en armoniosa simetría, extienden sus frondosas ramas el pintoresco naranjo, significado de la *generosidad*, cubierto siempre de fruta y de follaje; el moral negro que expresa *no os sobreviviré, os seguiré á la tumba*; el sauce lloron indicando *melancolía*; la higuera expresando *prudencia dulce y tierna*; el albaricoque, *dulzura*, y el gracioso melocoton, *amor grande que todo lo atropella*.

Pero ¿comprende aquella hermosa mujer el amoroso sentido de lo que extasiados miran sus ojos? ¿Ha arrancado á la naturaleza los misterios de su silencioso idioma? ¿Esas lágrimas que tiemblan en sus largas y sedosas pestañas, como el rocío en el delicado pétalo de la naciente rosa, son consecuencia de alguna página sensible, escrita en las temblantes hojas de las rosas y de

los árboles, ó el llanto del corazón conmovido por el espectáculo tierno de una naturaleza que admira sin comprender? ¡Es ella, tal vez, la entendida Flora de ese ameno pensil, que ha cultivado con sus delicadas manos los prodigios que encierra...? ¡Oh...! no. Por entre el espléndido follaje de los árboles acabo de ver flotar la blanca tela de un elegante vestido de señora, dejando ver la breve planta de un pequeño pié, calzado por un precioso zapato de raso perla: su ebúrnea y delicada mano acaricia en este momento las limpias hojas de un lirio menos cándido que sus nevados dedos, y sus frescos lábios se aproximan con expresiva ternura á la flor del pensamiento, pronunciando con una voz mas melodiosa que el canto de las aves, las palabras mismas que expresaba aquel dulce objeto que recibia un ósculo de amor.

—*Os amo, os adoro como á un serafín:* sí, os amo y os adoro. Leopoldo, en esta flor que recibí un día de tu mano, diciéndome en ella, como yo te digo, esas palabras que llevan la felicidad al corazón amante. ¡Ah...!

estas plantas son el precioso libro en que he escrito la historia de mis amores, y el blando céfiro que juega en sus hojas, la embalsamada lengua que la repite á todas horas regalando mi oído. Nadie de los que me rodea comprende este sublime libro, en que habla la naturaleza á los sentidos y al corazón: todos se rien de mi afición á las flores... ¡Ah! si ellos supiesen los encantos que encierran para mí, las inefables dichas que vierten en mi alma cuando me acerco á hablarles de tí, de tí que eres mi vida, mi gloria y mi esperanza....!

Y al decir esto volvió á acercar sus purpúreos lábios á la expresiva flor del pensamiento; exhaló un tierno y prolongado suspiro, que recogió el perfumado céfiro, y se sentó al lado de la fuente, en una elegante silla de bejuco, bajo las sonantes ramas de un álamo débil que, por indicar *sollozos* y *gemidos*, escogió como tierno compañero que le acompañaba en sus penas.

La hermosa mujer que estaba apoyada en la barandilla del balcón, la contempló

con una expresion profunda de cariño y de melancolía, y exclamó dejando asomar á sus ojos algunas lágrimas.

—¡Pobre Clotilde....! ahora empiezas á probar la amarga copa del dolor que yo sigo apurando hace muchos años....! A la vista de esas embalsamadas flores que crecen al contacto amoroso de las rientes ondas, y á los dulces besos de las auras, del canoro y gracioso pajarillo que agita sus pintadas alas, refiriendo en deliciosos trinos su constante amo; de las inquietas mariposas que hienden en torcido giro la region etérea demostrando la suavidad de sus amores; de las susurrantes abejas, que en torno del oloroso romero liban afanosas la delicada miel de su precioso cáliz, tu corazon se conmueve, despierta á los encantos de esa dulce pasión que es el todo de la mujer, y el llanto baña tus mejillas, y la tristeza oprime tu amoroso corazon. Pero no eres tú sola, no: en el mundo hay mil que te acompañan en ese llanto. Yo tambien, lo mismo que tú, lloro á la vista de esos dulces objetos que despiertan en mi alma

recuerdos tiernos, juramentos dulcísimos de amor, que llevaba en sus perfumadas alas la cariñosa brisa en mas preciosos dias para mí: dias de amor, horas de felicidad, ensueños de ventura, de que no me quedan mas que una lánguida esperanza, próxima á extinguirse como la luz de ese moribundo sol, que lanza débil sus últimos resplandores sobre la *yerba del amor*, que vive de sus rayos.

Y la hermosa mujer quedó abatida con el peso de sus melancólicas ideas; la tristeza se apoderó de su alma; y el dolor imprimió su amarga esencia en cuanto le rodeaba; sola, sin otra compañía que sus dolorosas reflexiones, sus ojos humedecidos de lágrimas se detenian en todos los objetos con profunda melancolía, buscando en ellos los bienes y delicias de otros tiempos; pero en las flores, en la fuente, en los arroyos y en los árboles solo ve escrita su desgracia con caracteres indelibles, memorias de dulces momentos pasados y de presentes amarguras. Su vista se nubla por el llanto, sus

mejillas palidecen, y sus purpurinos lábios pierden el fresco y encendido carmin.

En estos momentos de penosa agitacion y de dulces y doloros sentimientos, apareció en la puerta de la estancia una criada anunciando á un jóven.

La contemplativa mujer dejó su actitud reflexiva; dió á su rostro un aire de tranquilidad completa; llevó con disimulo el pañuelo á sus ojos para ocultar sus lágrimas, y dijo con armoniosa voz:

—¿No ha dicho quién es?

—No, señorita: solo me ha advertido que trae un asunto muy interesante para vd.

—¿Para mí?

—Así me lo ha asegurado.

—¿Y no ha estado en casa otras veces?

—Yo, al menos, no recuerdo haberle visto nunca.

—¿Quién podrá ser?

—¿Qué le digo?

—Que pase.

La criada se fué, y á poco se presentó con el elegante traje que sabemos, Nuñez, el que pocas horas antes vimos envuelto en

miserables harapos, y que ahora estaba hecho un elegante, en toda la extension de la palabra.

Al presentarse hizo una galante cortesía, llena de gracia y de finura, y preguntó con agradable acento.

—¿Tengo la honra de hablar con la señorita Inés Landeta?

—La honra es, caballero, para la que tiene el placer de contestar afirmativamente y de suplicarle que se digne tomar asiento.

—Agradezco infinito la oferta; pero tengo el sentimiento de no poder aceptar, porque me veo precisado á desempeñar un asunto de la mas alta importancia.

—Como vd. guste.

—Y aun hubiera prescindido del placer de hablar con vd. para no retardar el asunto que reclama mi presencia, si no hubiera temido confiar á otra persona el negocio que me conduce á esta casa.

—¿Tan importante es?

—Vd., señorita, juzgará por sí misma:—dijo Nuñez sacando el cuaderno ensangrentado de que ya hemos hecho mencion, y

poniéndolo en sus manos.—Aquí tiene vd. el documento que no he creído prudente confiar á nadie.

Inés fijó los ojos en la portada del cuaderno; en su fisonomía, se operó un cambio repentino, y dió un grito de sorpresa.

—¡Ah....! ¡de Ricardo....! ¡Sí; esta es letra de Ricardo....!

—Seguramente.

—¿Le ha visto vd?

Preguntó con viva ansiedad oprimiendo contra su pecho el ensangrentado cuaderno, como si temiese que se le huyera de las manos.

—Sí, señorita; le he visto.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—¿Dos meses?

Exclamó inundada de placer y sin ser dueña de contener su regocijo aquella hermosa mujer, que veía aparecer de repente al dulce objeto de su amor, por quien tantas lágrimas había derramado.

—Sin duda.

—¿En dónde?

—En San Angel.

—¿Dios mio....! ¡tan cerca de mí....!
¿Y le habló vd?

—No, señorita.

—¿Pues cómo ha llegado á manos de vd. este cuaderno?

Núñez le contó la historia que ya conoce el lector.

—¿Está preso!

Exclamó la hermosa, henchida de amargura, al terminar su interlocutor la relación.

—Sin duda que sí; yo le ví conducir en una litera, custodiada por cinco extranjeros.

—¿Y estaba agobiado por el peso del a desgracia?

—Yo le ví subir con gentil continente y noble entereza, mostrando la gracia y la soltura de un hombre que se encuentra en todo el vigor de su mejor edad

El corazón de Inés palpitó de placer y de esperanza.

—¿Y no pudo vd. averiguar á dónde se dirijieron al huir de San Angel?

—Me fué imposible por haber recibido un balazo al huir de la azotea de la casa del hombre á quien yo habia ido siguiendo.

—¿Un balazo....!

—Del cual me creyeron á otro dia muerto. ¿No advierte vd. la sangre que salpica la carátula de ese cuaderno?

—¿Y esta sangre....

—Es mia.

—¿Brotada de la herida que vd. recibió?

—Sin duda alguna.

—¿Qué escucho....! ¿Luego vd. es....

Pero Inés se detuvo mirando detenidamente á aquel interesante jóven, teniendo por absurda y ofensiva la pregunta que iba á hacer. Nuñez comprendió el motivo que habia interrumpido la frase, y contestó con franca afabilidad.

—El mendigo, á quien todo San Angel creyó muerto, incluso el mismo Leopoldo.

—¿Vd. el mendigo!

Exclamó Inés observando los finos modales de su interlocutor, y no atreviéndose á dar crédito á lo que escuchaba.

—¿Le sorprende á vd. sin duda?

—Las distinguidas maneras de vd. y su buena conversacion revelan condicion mas elevada.

—¿Ignora vd., señorita, que hay un escritor que compara á nuestra sociedad con los cubos de noria, que cuando bajan vacios los unos, suben los otros llenos y abundantes?

—Es muy cierto. Son cosas de la fortuna.

—La suerte es como la luna, tiene menguante y creciente; mengua quien al bien se aduna; crece quien roba y quien miente....

Son cosas de la fortuna.

—Muy bien.

—¿Creerá vd. ahora que soy el mendigo improvisador?

—Sí; pero me ha dicho vd. que ha nacido en otra esfera.

—Sí, señorita.

—¿Y no tenia vd. que revelar un secreto á D. Leopoldo Cabrera?

—Se lo he revelado esta mañana.

—Me habian asegurado que vd. le pro-

metió descubrir el misterio que empañaba la honra de su padre.

—Y lo he cumplido religiosamente.

—¿Y está vd. seguro de la inocencia del hombre que le dió la vida?

—Como de la luz que nos está alumbrando.

—¿Conoce vd. al criminal?

—Le conozco, señorita.

—¿Cómo se llama?

—Ignoro su nombre; pero le conozco: sus hechos están designados en las breves páginas de ese cuaderno.

—¿Cómo.....! ¿aquí.....?

—Por la mano imparcial de la víctima que lo ha escrito.

—Es decir que el vil falsificador, el hombre que causó la muerte del honrado padre de Leopoldo, es.....

—El mismo que tiene cautivo al autor de ese escrito.

—¡Dios mío.....!

—Adios, señorita: conozco la impaciencia que tendrá vd. por pasar sus ojos por las sentidas frases de ese cuaderno, y me retiro.

—¡Ah....! vd. me ha traído el consuelo y la felicidad.....

El antiguo mendigo saludó cortesmente, y se ausentó de la pieza.

¡Inés, al verse sola, besó con delirio el cuaderno que tenía en sus manos: lo abrió apresuradamente: fijó sus ojos humedecidos de lágrimas en aquellos conocidos caracteres que hacían latir su corazón, y cuando llena de impaciencia y de ansiedad se disponía á leerlo, entró una criada á anunciarle que su hermano le esperaba en la sala para comunicarle un asunto de interés.

La hermosa mujer se levantó al instante: guardó el cuaderno en un oloroso cajoncito de una elegante cómoda, y se dirigió á la sala aplazando la lectura de lo que tanto deseaba saber, para mas tarde.